

Movilidad humana en la teoría social clásica

Human mobility in classical social theory

Steven F. González Pedroza

Investigador independiente
sfgonzalezp93@gmail.com

Erly J. Ruiz

Universidad Central de Venezuela, Venezuela
erly.dolli@gmail.com

Recibido: 01/12/2022

Aceptado: 01/03/2023

Formato de citación:

González Pedroza, S.F., Ruiz, E.J. (2023). "Movilidad humana en la teoría social clásica". *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, 98, 8-20, <http://apostadigital.com/revistav3/hemeroteca/erlyjruiiz.pdf>

Resumen

La movilidad humana ha sido un fenómeno histórico representado en vivencias de distintas épocas y latitudes. Si bien en la contemporaneidad es posible localizar al respecto interpretaciones sociológicas elaboradas, el tema ha sido tratado de igual forma en la teoría social clásica. Este artículo explora la movilidad humana en los clásicos de la sociología a través de una metodología documental y desde una perspectiva filosófica-sociológica. Se inicia con una breve disertación sobre la sociología comprensiva de Max Weber, dando paso a la mutación de la movilidad humana dentro de la tradición de las teorías sociales modernas. Después, se evalúan algunos aspectos brindados por Alfred Schütz a propósito de la figura del forastero, que envuelve algunas de las diatribas que, en un nivel cualitativo, representan los dilemas de las personas que se encuentra dentro del fenómeno de movilidad humana en la actualidad. A continuación se explora la movilidad humana en el pensamiento de Simmel y la dupla Marx-Engels. Se aborda la vitalidad y la experiencia como interpelaciones determinantes en Simmel para luego comprender con Marx y Engels la movilidad desde las imposiciones del capitalismo y la importancia rectora de la tierra. Se concluye que la diversidad teórica expuesta no presenta un enredo conceptual disciplinario. Al contrario, expresa a) el carácter iniciático de la teoría, y b) la pluralidad de lo social.

Palabras clave

Aventura, clásicos, modernidad, movilidad, teoría.

Abstract

Human mobility has been a historical phenomenon represented in experiences of different times and latitudes. Although in contemporary times it is possible to locate elaborated sociological interpretations in this regard, the matter has been treated in the same way in classical social theory. The objective of the following article is to explore human mobility in the classics of sociology through a documentary methodology and from a philosophical-sociological perspective. It begins with a brief dissertation on the comprehensive sociology of Max Weber, giving way to the mutation of human mobility within the tradition of modern social theories. Subsequently, some aspects offered by Alfred Schütz regarding the figure of the stranger are evaluated, a figure that involves some of the diatribes that, on a qualitative level, represent the dilemmas of the people who are currently within the phenomenon of human mobility. Next, human mobility is explored in the thought of Simmel and the Marx-Engels duo. Vitality and experience are addressed as determining questions in Simmel to later understand with Marx & Engels the mobility from the impositions of capitalism and the guiding importance of the land. It is concluded that the theoretical diversity exposed does not present a disciplinary conceptual entanglement. On the contrary, it expresses a) the initiatory character of the theory b) the plurality of the social.

Keywords

Adventure, classics, modernity, mobility, theory.

1. Introducción

Pensar en los campos de estudio de las ciencias sociales supone una ardua tarea. Dado que la totalidad de los aspectos de la vida se configura en el mundo del lenguaje, y todo lenguaje es social, básicamente todo cuanto pueda ser expresado, interpretado, proyectado e imaginado refiere a tal esfera. No obstante, la manera disciplinada de configurar las ciencias sociales permite separar y hacer los intereses sociales un poco más específicos.

Como ejemplo de esto tenemos a la sociología y al trabajo social, siendo la primera la ciencia que intenta comprender de manera general y particular los fenómenos sociales, mientras que la segunda busca, a través de la acción, mecanismos para solventar demandas de grupos tanto grandes como pequeños. En este sentido, cada disciplina tiene su propio interés, su propia esfera. Lo cual significa que cada una tiene sus métodos, sus referentes y sus marcos teóricos.

Este último punto, el de la teoría, es de especial interés. Puesto que la misma se mueve en un campo de ambivalencias, donde el resultado de la observación de un fenómeno cualquiera puede arrojar interpretaciones específicas sobre lo estudiado, así como narrativas que engloben un sinnúmero de experiencias, indistintamente de su correlación con el fenómeno inicialmente abordado. Desde el punto de vista de la profesionalización y el mundo de las disciplinas, se hace más pertinente y exitosa una teoría mientras abarque más y más elementos a su núcleo de sentido.

Una muestra de esto está en la experiencia de la movilidad humana, la cual hoy se escinde en distintos nombres que dan cuenta en mayor o menor medida de una misma situación: la de desplazarse, moverse e intercambiar sitios de origen por sitios de destino. Se hace común denominar esto por medio de distintos rótulos: migrantes, refugiados, desplazados, retornados, nómadas, comunidades diaspóricas, turistas, viajeros, peregrinos, especímenes del mundo errante. Todos se refieren al mismo

elemento de la movilidad humana, concepto que maneja ciertos grados de ambivalencia y de amplitud que en muchos sentidos ha sido enclaustrado al mundo numérico y demográfico. Los indicadores manejados en encuestas nacionales, indicando número de migrantes, número de nacionales en el exterior, ubicación porcentual, dan cuenta de esto. En este sentido, se abre la posibilidad de pensar los escenarios de la movilidad en coordenadas diferentes de las típicamente académicas e institucionales. Cambiar los porcentajes, los números, los índices e indicadores por esquemas narrativos, por discursos más interpretativos y cualitativos. Pensar, en definitiva, la movilidad humana dentro del campo de las teorías. Para ello es necesario hacer un recorrido para indagar la manera en que ha sido pensada y abordada la movilidad dentro del espectro teórico de las ciencias sociales, indagando no solo en lo contemporáneo –donde se podría ejemplificar de forma más elaborada la interpretación al respecto de este fenómeno–, sino también en la perspectiva clásica de las ciencias sociales.

Así, el objetivo de este artículo consiste en una aproximación a la movilidad humana en los clásicos de la sociología. La investigación es de tipo documental y el abordaje estrictamente exploratorio. La perspectiva es filosófica-sociológica y se encuentra dividida en dos partes consecutivas.

El apartado *La modernidad y el forastero* supone un punto de partida a propósito de la mirada que desde la sociología comprensiva se ha trazado sobre el tema de la movilidad humana, abordando el interés temprano de Weber por este tema y su posterior desarrollo. De esta mirada se pasa a la mutación que ha tenido este fenómeno, pasando del ámbito económico y demográfico a una cuestión más anclada a la interpretación cualitativa, que se encuentra ejemplificada de manera especial en la figura del forastero esbozada por Alfred Schütz. En *De la aventura y la necesidad* se explora la movilidad humana en el pensamiento de Simmel y de la dupla Marx-Engels. Se inicia con Simmel y su posición romántica, la cual comprende el asunto en relación al interés propio y la individualidad. Se aborda la radicación en el presente y el vitalismo que caracterizan la aventura simmeliana para culminar en su disertación sobre el extraño. A continuación, se explora la temática en Marx y Engels, quienes proponen una lectura del asunto en estricta vinculación a los modos de producción con la mirada en un caso histórico particular, la cuestión irlandesa. Se examina el talante obligatorio y netamente impersonal de la movilidad, consecuencia de la división del trabajo en el capitalismo.

2. La modernidad y el forastero

La movilidad humana y sus distintas representaciones han conformado una parte importante de la identidad de la sociedad moderna. El intercambio, las relaciones y los puntos de encuentro entre culturas han sido el signo distintivo en un mundo cada vez más interconectado y, por ende, globalizado. Esto, por novedoso que parezca, representa una parte importante de la historia de la humanidad, en la cual el movimiento, representado en sus distintas formas, ha estado presente en la vida y los destinos de los seres humanos de las diferentes latitudes del mundo. No obstante, la movilidad humana, bajo el rótulo de las migraciones, captó la atención de las ciencias sociales en el momento del auge y consolidación del pensamiento moderno. Max Weber, padre de la sociología comprensiva, aborda así el tema en su texto cumbre *Economía y sociedad* (2012):

“La guerra y las migraciones no son en sí mismas sucesos económicos (aunque en las épocas primitivas influyera en ellas de manera predominante la orientación económica) y, sin embargo, en todo tiempo –hasta los

momentos contemporáneos más inmediatos– han tenido por consecuencia radicales transformaciones en la economía” (2012: 51).

En una perspectiva cercana a la sociología más temprana, Weber remite la migración al factor económico, tema de interés para los científicos sociales de diversas corrientes de la época. Se unen en este punto la migración y la guerra, como factores que modifican o alteran la composición de una sociedad, entrando así en el terreno de los estudios demográficos. Ahora bien, la migración como fenómeno sociológico, puede ser impulsada por aspectos económicos y devenir en temas completamente distintos (Pérez, 2010: 9). Se impone así la pregunta en torno a las motivaciones que empujan a las personas a moverse. Factores económicos, sin duda alguna; pero factores sociales, culturales, ambientales, políticos y plenamente coyunturales cuentan con una importancia similar o mayor.

A este respecto se hace importante destacar las diferentes perspectivas que han servido como mirada interpretativa dentro de las investigaciones sobre la migración, las cuales en sus inicios estuvieron ligadas de manera estrecha al desarrollo y crecimiento de la sociología de Estados Unidos y a la sociología comprensiva de Georg Simmel (Domenech y Gil, 2016: 171). Para el caso latinoamericano, el interés por la migración emerge ante la llegada de la perspectiva desarrollista.

“(…) durante los sesenta y setenta, en un contexto de significativas transformaciones económicas marcadas por procesos de industrialización y urbanización, el estudio de los movimientos poblacionales en la región se centró en la llamada migración interna, especialmente en los aspectos demográficos, económicos y sociológicos de la migración rural-urbana” (Domenech y Gil, 2016: 173).

Aspectos relacionados a la conformación de las grandes urbes y la industrialización acelerada comienza a ser focos de atención dentro del campo de las migraciones. No obstante, la migración no ha sido un aspecto único y exclusivo de la modernidad. Por el contrario, “(…) se puede constatar que no ha existido ningún período en la historia de la humanidad en el que importantes sectores de la población de una u otra región no se hayan visto expuestos al traslado a otras tierras, regiones o países” (González-Ruiz, 2001: 1). Cuestión fundamental que entra a interpretar desde una perspectiva diferente el mundo contemporáneo y sus distintas lecturas devenidas de lo social, lo comunitario, lo político y lo cultural. Se trata, entonces, de un factor estructural a la experiencia de vida humana, el cual ha cargado consigo distintas interpretaciones que giran en torno a las diferentes imágenes que tiene la migración en el plano de lo colectivo.

De manera más concreta, y siguiendo lo expuesto por Weber y la sociología moderna, se puede relacionar en cierta medida la manera como la internacionalización de la división del trabajo y el capitalismo genera condiciones para el intercambio y la movilidad de las personas sobre la base de aspectos ligados al empleo y la desigualdad (González-Ruiz, 2001: 2). En este punto, se subraya la desigualdad como un motor de búsqueda de oportunidades y como un factor que puede ser acrecentado por la misma migración. Sobre este punto surge con importancia decisiva la figura del *pionero*, aquel migrante que, sin redes de apoyo, con una gran fuerza de voluntad y un inevitable grado de ingenuidad, se convierte en el punto de llegada y paso de muchos más que como él deciden migrar. Esta figura retrata parte de las particularidades que caracterizan a las personas que se encuentran en condición de movilidad humana, quienes en cierta medida cuentan con capacidades de agencia, en torno a la construcción de redes migratorias, y con una gran dosis de desconocimiento de riesgos, peligros y necesidades que se pueden afrontar en el camino (Pérez, 2010: 19).

La imagen del pionero permite pensar en quien migra, así como en quien recibe y acoge. Esto en la medida de que “(...) las sociedades receptoras no son homogéneas ni están exentas de conflicto” (Solé *et al.*, 2002: 19). La perspectiva del conflicto permite abrir la puerta a dos de los conceptos fundamentales de la sociología de las migraciones, tales como lo son asimilación e integración. El concepto de *asimilación* es uno de los conceptos primarios de la sociología de la migración; siendo primeramente abordado por William Isaac Thomas y Florian Znaniecki, el mismo implicaba “(...) el resultado de la interacción que se establece cuando el individuo se identifica con los valores y normas dominantes en la sociedad de instalación y entra en conflicto con otros grupos de la sociedad receptora” (Solé *et al.*, 2002: 10). Desde esta mirada, la migración era sobre todo vista como un proceso lineal donde los valores de las comunidades de acogida hacen entrar al migrante en un conflicto con sus valores propios. Ahora bien, la asimilación da paso al concepto de *integración*, el cual toma en consideración el conflicto a la luz de las etapas de diferenciación producidas por la industrialización. A partir de esta perspectiva se considera que una mayor diferenciación por parte de los agentes de la estructura social generaría inevitablemente una mayor complementariedad entre los agentes de la sociedad. Complementariedad que desde esta perspectiva desembocará en una integración por parte de estos agentes diferenciados. “Así, diferenciación e integración se entienden como procesos que se desarrollan íntimamente unidos” (Solé *et al.*, 2002: 15).

Estos conceptos cuentan con cierta vigencia en la actualidad. Parte de esto se comprueba en los esfuerzos sostenidos por las naciones receptoras en sus políticas de integración para refugiados y migrantes. No obstante, dichos conceptos generalizan experiencias particulares que hablan del contexto y las tradiciones habidas en el mismo seno de la experiencia migratoria.

En este ejercicio se hace importante no solo el recorrido específico de cada trayectoria migratoria, sino también la manera como dicha trayectoria ha sido leída, interpretada y actualizada por cada escuela de pensamiento. De este modo, la asimilación y la integración, como perspectivas, se expanden ante la particularidad de cada forma bajo la cual se comprende la migración. A este respecto, se hacen relevantes algunas coordenadas interpretativas que permiten visibilizar la experiencia migratoria desde los dilemas de la integración de quien llega al contexto de acogida.

En este punto resulta interesante evaluar las interpretaciones de Alfred Schütz sobre el *forastero*, figura que rehúye de lo genérico del círculo donde se encuentra, pues el forastero es una persona “(...) que trata de ser definitivamente aceptada, o al menos tolerada, por el grupo al que se aproxima” (Schütz, 2012: 95). Esta aceptación o tolerancia va justamente de la lectura que el forastero hace a propósito de la pauta cultural del grupo al que llega, entendiendo en ese sentido a la pauta cultural como el conocimiento procedente de las tradiciones y las costumbres de los grupos sociales. Así, la pauta cultural supone “(...) un conocimiento de recetas dignas de confianza para interpretar el mundo social y para manejar cosas y personas con el fin de obtener los mejores resultados en cada situación, con un mínimo de esfuerzo, evitando consecuencias indeseables” (Schütz, 2012: 98).

El forastero choca con esta pauta, pues al no contar con la historia común del grupo al que llega, se ve en la tarea de cuestionar la manera como se construye la misma pauta cultural, dada su poca comprensión y su situación periférica ante las tradiciones del grupo, haciendo esto del forastero una persona sin historia o sin aparente brújula para hacer comprensibles los elementos del sitio al que llega (Schütz, 2012: 99-100).

Sin embargo, al encontrarse con una pauta cultural ajena, el forastero hace el esfuerzo por hacerse con ella a través del entendimiento de los aspectos más prácticos de esta. En

determinado punto, comenta Schütz, la pauta que en su momento resultaba ajena ahora se percibe como cercana, ocupando con conocimiento y experiencias lo que en otro momento se percibía desde la mirada periférica (Schütz, 2012: 100). Llega el momento donde la experiencia del forastero se acerca a la adaptación de sí en el nuevo contexto.

“La adaptación del recién llegado al endogrupo que al principio le parecía extraño y desconocido, es un proceso continuo de indagación, en la pauta cultural del grupo abordado. Si este proceso tiene éxito, dicha pauta y sus elementos pasarán a ser, para el recién llegado, algo que va de suyo, una manera de vida, incuestionable, un refugio y una protección. Pero entonces el forastero ya no será forastero, y sus problemas específicos habrán quedado resueltos” (Schütz, 2012: 107).

Sin embargo, de continuar la experiencia del forastero, se relacionará indefinidamente de manera especial con aspectos salidos de la propia cosmovisión del forastero. Así, su situación periférica no sería algo meramente circunstancial sino plenamente estructural. En este punto la pauta cultural representa un “campo de aventuras”, que lejos de ser un refugio protector se convierte en un “laberinto en el cual ha perdido todo sentido de orientación” (Schütz, 2012: 105-106).

Esto último se hace relevante si se observa la situación de muchos de los migrantes y refugiados del mundo, quienes en un principio miraban la experiencia migratoria como un nuevo comienzo que eventualmente ha devenido en ese laberinto del que no se puede ni regresar ni salir. Empero, la movilidad humana, en la forma que se presente, indica el inicio de turbulencias profundas para personas, grupos familiares y sociedades por igual. Estas turbulencias pueden tener distintos resultados a partir de la manera como se ajusta la brújula en el viaje que se realiza, sin importar las condiciones materiales o plenamente visibles del destino y las comunidades que reciben a los forasteros que emprenden de manera irreverente un nuevo comienzo.

3. De la aventura y la necesidad

Mucho antes del giro epistemológico llevado a cabo por la sociología norteamericana del siglo XX, a saber, la primacía de la reflexión científica orientada a la ciudad sobre la sociedad, la movilidad humana ocupó la atención de los pioneros en el estudio de lo social, siendo considerada diversamente. En el caso de Georg Simmel, su posición es abiertamente romántica como vitalista. En corto, la movilidad humana es comprendida como un hacerse a la mar de la aventura. La mar no es una mera metáfora así como tampoco la aventura. Resuena con una experiencia concreta, la cual de acuerdo a Safranski (2012), marca inclusive el inicio del romanticismo alemán. Nos referimos al viaje de Herder en 1769:

“Hacerse a la mar significaba para Herder cambiar el elemento de la vida, trocar lo firme por lo fluido, lo cierto por lo incierto, conquistar distancia y extensión. También se agitaba la pasión de un nuevo comienzo. Estaba en juego la vivencia de una conversión, un viraje interior, enteramente a la manera como Rosseau experimentó su gran inspiración veinte años antes, bajo un árbol, de camino a Vincennes: el redescubrimiento de la verdadera naturaleza bajo la corteza de la civilización” (Safranski, 2012: 19).

En este sentido, el acento se encuentra en el individuo y su experiencia, no en lo cuantitativo, la generalización, la causalidad o la abstracción. Tal como indica Safranski, “el encuentro con un mundo extraño se convierte en un encuentro consigo mismo” (2012: 20). La salida del terruño es a lo imprevisible, a la inmensidad y a la

contingencia, cualidades monstruosas que son incorporadas a la vida con el objetivo de infundir sentido a la misma.

“(…) el aventurero hace también que el azar, que se mueve al margen del curso uniforme y dotado de sentido de la vida, sea incorporado, empero, de alguna manera, por éste. El azar aporta un sentimiento central de vida que se extiende a través de la excentricidad de la aventura y que produce, precisamente en la amplitud de la distancia entre su contenido casual y aportado desde fuera y el centro consistente y proveedor de sentido de la existencia, una necesidad nueva y significativa de su vida” (Simmel, 2002: 23).

Siguiendo el argumento romántico de la mar, es posible concebir la cotidianidad y la rutina como tierra firme, espacios capaces de sostener con seguridad proyectos a futuro y querencias de todo tipo. Una buena ilustración de la movilidad humana en vinculación a la aventura se encuentra en la fantasía pirata. El pirata hace de la mar su hogar con plena comprensión de su monstruosidad. Abandona la continentalidad (que lo contiene, siguiendo a Agamben en *El hombre sin contenido*), por una aventura que es una “vivencia de tonalidad incomparable que solo cabe interpretar como un involucramiento peculiar de lo accidental-exterior por lo necesario-interior” (Simmel, 2002: 24). La movilidad proporciona una oportunidad filosófica comprendiendo esta última en estrecha vinculación a lo fundacional. La novel realidad presenta otros accidentes y causas, las cuales una vitalidad atenta puede incorporar interrelativamente.

Vale la pena acotar que la tonalidad romántica de la aventura y la movilidad no implica bajo ninguna forma la sustracción de lo problemático. Justamente ello orienta valorativamente la fantasía pirata. La aventura es una síntesis que no evade el riesgo.

“Entre el azar y la necesidad, entre el dato fragmentario y externo y el significado homogéneo de la vida desarrollada a partir de su propio interior se verifica un proceso eterno en nosotros, y las grandes formas en las que configuramos los contenidos de la vida son las síntesis, los antagonismos o los compromisos de esos dos aspectos básicos” (Simmel, 2002: 23).

En Simmel la necesidad no es una cuestión exclusivamente material, su lectura es vital en un sentido que podríamos llamar tentativamente voluntario. Dicho de otra manera, las obligaciones no son las mismas para todos. Aunque suene descabellado, tal como sostiene Alfred Pennyworth en *The Dark Knight* (2008), “algunos hombres no buscan nada lógico, como el dinero. No pueden ser comprados, intimidados, razonados o negociados. Algunos hombres solo quieren ver el mundo arder”. En la aventura la vida navega entre dos corrientes monstruosas, la fuerza propia y la inmensidad del azar.

“La mezcla de acción y sufrimiento por la que discurre nuestra vida tensa aquí sus elementos hasta una simultaneidad de conquista que todo lo debe a las propias fuerzas y al propio presente del espíritu y de entrega total a los poderes y a las azarosas oportunidades del mundo que nos favorecen , pero que también nos pueden destruir en el mismo golpe” (Simmel, 2002: 26).

Para el sociólogo alemán, la confianza en la fuerza propia y la suerte influye en que la aventura sea una cuestión realizable en un momento determinado de la vida. La aventura, mas que un contenido específico, “constituye una *forma* del experimentar” (Simmel, 2002: 33). Por las tensiones riesgosas implicadas y la apertura necesaria para dar el salto fuera de la tierra firme de lo rutinario, la misma “no cuadra con el estilo de vida de la avanzada edad” (*ibíd.*). Es preciso resaltar que la fuerza propia no se agota en

la dimensión física exclusivamente, implica de igual forma lo mental, la fortaleza necesaria para el cuestionamiento fundamental de la existencia.

De cara a la temporalidad, la aventura exhibe una importante permanencia en el presente. El aventurero no se halla determinado por ningún pasado y el futuro no existe para él (Simmel, 2002: 21), la acumulación posible en una vida sedentaria le es completamente intrascendente. De alguna forma, el aventurero de Simmel, resuena con la noción Zen del auténtico hombre sin rango alguno: experimentar el vacío lo abre al despertar.

“Herder escribe que se embarcó para «ver el mundo», aunque lo cierto es que al principio ve muy poco, en todo caso el desierto en movimiento de las aguas y algunas líneas de la costa. Encuentra, en cambio, tiempo y ocasión para «destruir» su anterior saber libresco, para averiguar e «inventar lo que pienso y creo». El encuentro con un mundo extraño se convierte en un encuentro consigo mismo” (Safranski, 2012: 20).

Hasta el momento se ha abordado la movilidad con énfasis en el movimiento y el tránsito. No obstante, en el ensayo titulado *El extraño*, Simmel proporciona otra dimensión pertinente a la discusión. El emigrante es “un extraño que importa cualidades que no provienen, ni pueden provenir del grupo mismo al que llega” (Simmel, 1950: 402). La importación presenta importantes consecuencias explicativas para el grupo al cual se arriba. Una buena ilustración de ello se encuentra en la concomitancia migración y criminalidad. Para ciertos integrantes del grupo, usualmente políticos de profesión, el crimen es algo importado, nunca autóctono. En este caso, se deposita convenientemente en el extraño, el emigrante, la cualidad como una sustancia que fundamenta, por reflejo, las buenas costumbres y moral del grupo.

El extraño no solo funciona como explicación causal de una circunstancia particular. Por su condición ofrece, asimismo, una posibilidad explicativa resonante a la objetividad científica. Al no pertenecer al grupo desde su fundación, su perspectiva sobre sus asuntos posee una distancia que puede iluminar aspectos que a los integrantes originarios del grupo les es imposible percibir. Su integración forma al grupo de una manera peculiar.

“No está radicalmente comprometido con los ingredientes únicos y las tendencias peculiares del grupo y, por lo tanto, los aborda con la actitud específica de objetividad. Pero la objetividad no implica simplemente pasividad y desapego; es una estructura particular compuesta de lejanía y cercanía, indiferencia e implicación” (Simmel, 1950: 404).

La posición de Marx y Engels sobre el asunto es diametralmente opuesta. En su interés por las condiciones materiales de la existencia no hay espacio para el acento individual romántico simmeliano. La movilidad humana responde a una causa eficiente, el capitalismo. En este sentido, el tratamiento es estrictamente objetual como abiertamente generalizable. El móvil inicial lo presenta la desocupación de la tierra, cuestión que ambos exploran concretamente en la relación Inglaterra e Irlanda. Para Marx, Inglaterra representa la metrópolis del capital. Su existencia y desarrollo a partir de la división del trabajo que exhibe, exige un movimiento bidireccional de la mano de obra. Los adelantos tecnológicos y las ofertas salariales del momento inciden en el incremento de la mano de obra mediante la absorción de mujeres e infantes. De tal forma, la desocupación es consecuentemente laboral.

“Tanto en las verdaderas fábricas como en todos los grandes talleres que funcionan a base de maquinaria o en los que se introduce, por lo menos, la

división moderna del trabajo, se necesitan masas de obreros varones jóvenes que no hayan alcanzado todavía la edad adulta. Al llegar a esta edad, solo un número muy reducido tiene cabida en las dependencias de la misma fábrica o taller; la mayoría de estos obreros son, generalmente, despedidos. Estos obreros pasan a engrosar la superpoblación fluctuante, que crece al crecer las proporciones de la industria. Una parte de ellos emigran, yendo en realidad en pos del capital emigrante. Una de las consecuencias de esto es que la población femenina crezca con mayor rapidez que la masculina: testigo, Inglaterra” (Marx, 1956: 516).

Al enfatizar que el obrero va “en realidad en pos del capital emigrante”, Marx se distancia notoriamente de la aventura individual simmeliana. La condición existencial se encuentra determinada por la clase a la que se pertenece, en la movilidad no median querencias ni sentimientos, cual objeto se es movido sin tomar en cuenta su voluntad. Siguiendo la traza material, Marx propone tres paradojas existenciales. La primera se funda en vinculación a la tierra. La movilidad es una demanda para los *sin tierra*, circunstancia que se incrementa bajo los modos de producción capitalistas. La segunda paradoja es una consecuencia directa del imperialismo. La presenta la alianza entre el Estado y los terratenientes. En el caso irlandés, el Estado inglés se asocia a los terratenientes irlandeses con el objetivo de desocupar a los pequeños labradores de su terruño y movilizarlos a la metrópolis. La tercera es mas explícita en relación a la teoría de los modos de producción y a la crítica de la ilusión romántica. El avance de la gran industria exige nuevas relaciones laborales. El obrero que se moviliza bajo *cantos de sirena* a la metrópolis, está profundamente alienado. La falsa conciencia impide hacerle notar la precariedad existencial hacia la cual se dirige.

La atención de Marx y Engels a la cuestión irlandesa es una valiosa reflexión *en el campo* sobre un tema tratado a profundidad teóricamente por ambos en *La ideología alemana*, la división del trabajo. El imperialismo inglés influyó en la transformación de Irlanda a una colonia exclusivamente agraria así como en el caso de Australia a una colonia penitenciaria. La subordinación y la reducción drástica de posibilidades existenciales llevan a grandes masas de obreros a movilizarse generando una grieta importante en la solidaridad automática de clase. Dicho concretamente, los obreros irlandeses en Inglaterra no se sienten inclinados a fraternizar o dirigir sus intereses *hombro a hombro* con los obreros ingleses. Los consideran aliados de la causa eficiente (el Estado Inglés) que los expulsó de su país. De tal forma, la movilización surge como una circunstancia práctica que permite una crítica certera a los fundamentos teóricos. Aunque la explicación marxista siga circunscrita al capitalismo, tales precisiones concretas, situadas geográfica y temporalmente, contribuyen a su propósito transformativo.

“El obrero inglés corriente odia al obrero irlandés como a un competidor que hace descender el standard of life (nivel de vida); se siente, frente a él, miembro de la *nación dominante* y se transforma, precisamente por eso, en instrumento de sus aristócratas y sus capitalistas *contra Irlanda*, con lo cual consolida el dominio que ellos ejercen sobre él. Tiene prejuicios religiosos, sociales y nacionales contra él. Se comporta ante él mas o menos como los poor whites (blancos pobres) ante los negros en los antiguos estados esclavistas de la Unión norteamericana. El irlandés *pays him back with interest in his own money* (le paga con la misma moneda). En el obrero inglés ve, al mismo tiempo, al cómplice y al instrumento estúpido del *dominio inglés en Irlanda*” (Marx y Engels, 1979: 213).

En ciertos momentos, la crítica al capitalismo de Marx y Engels denota un talante grandilocuente el cual supone un destino manifiesto para la humanidad en pleno bajo tales relaciones productivas. En los escritos preparatorios a *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Engels alude la cuestión irlandesa presentando un panorama tanto romántico como desolador de la movilización a la cual está sujeto el obrero.

“Nuestra civilización lo arranca de la tierra donde ha crecido en una pobre choza, engullendo un escaso condumio... El hambre lo empuja a Inglaterra, a las ciudades y fábricas inglesas... Cuando regresa a casa, recoge a su familia de los caminos donde se había dispersado para mendigar... Vuelve a su vieja casa y a sus campos de patatas. Están maduras y las arranca: así tendrá con que vivir este invierno. Pero aparece el administrador y reclama el canon de la aparcería... El administrador es responsable del arrendamiento ante el terrateniente: éste recurre al juez. El irlandés se rebela, y lo encierran. Después lo sacan y lo dejan en libertad, y de pronto el administrador o alguno de aquellos que han originado la subasta aparece muerto en un foso” (Marx y Engels, 1979: 29).

La dura crónica presenta la integración de las paradojas existenciales formuladas previamente, la movilización humana a partir de la desocupación de la tierra producto de la alianza entre el Estado y los terratenientes. La proletarización del país subordinado desemboca en la venganza y el banditismo. Trastocando el eslogan revolucionario, se podría decir que la civilización, sostenida por los medios de producción capitalistas, crea sus propios sepultureros. De acuerdo a Engels, el obrero irlandés, no tiene nada que perder, y, si el líder del proyecto de liberación del momento, Daniel O Connell, abogado católico irlandés, “fuese realmente el hombre del pueblo... ya no quedaría ni un solo soldado inglés en Inglaterra” (Marx y Engels, 1979: 29).

Vale la pena acotar que las relaciones capitalistas no solo inciden en la movilización de la clase obrera a la metrópolis. El movimiento es tanto bidireccional como internacional. Pequeños agricultores ingleses se desplazan a Irlanda en busca de tierras fértiles que no pueden poseer en Inglaterra. Irlanda deviene en un territorio ampliamente recursivo y, por tanto, atractivo para su explotación. En el artículo titulado *Emigración forzada*, Marx indica la existencia de una “emigración compulsiva producida por el landlordismo, la concentración de las fincas, la aplicación de la maquinaria al suelo y la introducción del moderno sistema de la agricultura a gran escala” (Marx y Engels, 1979: 83). La existencia colonial de Irlanda es una demostración innegable del subdesarrollo planificado.

La movilización humana en Marx y Engels, además de exhibir un talante obligatorio y netamente impersonal, toma incluso en consideración la aplicación de la ciencia en la constitución de la coerción y separación. El capitalismo es “una revolución silenciosa a la que hay que someterse, y que tiene poco en cuenta las existencias humanas que quiebra, como un terremoto tiene consideración por las casas que destruye” (Marx y Engels, 1979: 84). La metáfora del terremoto no es casual, expresa la dimensión clave del análisis marxista, la desocupación de la tierra llevada a cabo por fuerzas siniestras. Más adelante, retomando la discusión en lo concreto, indica que “la aplicación de la ciencia moderna a la producción despeja de habitantes la tierra, pero concentra a la gente en ciudades fabriles” (Marx y Engels, 1979: 84). En este sentido, la movilización humana es de igual forma una cuestión nacional. Tal como fue formulada en *La ideología alemana*, la contradicción campo y ciudad es una manifestación de la división del trabajo.

“[La ciudad] es la expresión mas palmaria de la absorción del individuo por la división del trabajo, por una determinada actividad que le es impuesta, absorción que convierte a unos en limitados animales urbanos y a otros en limitados animales rusticos, reproduciendo diariamente este antagonismo de intereses” (Marx y Engels, 1970: 56).

La ciudad representa la circunstancia concreta de la civilización que, tal como mencionaba Engels, “arranca de la tierra” al humano. Si bien no existe una teoría marxista específica sobre la migración (como tampoco una simmeliana), la explicación marxista de la sociedad provee unos lineamientos relevantes para su abordaje.

4. Conclusiones

La diversidad que caracteriza la teoría sociológica invita a considerar la posición del pragmatismo en torno al momento y función de la teoría. De acuerdo a James las teorías “se convierten en instrumentos en los que podemos apoyarnos, y no en respuestas a enigmas; instrumentos, y no soluciones a enigmas que nos permitan descansar o pararnos” (2000: 84). Las teorías sobre la movilidad no son la excepción. Las páginas precedentes no suponen un conflicto conceptual, presentan cuatro puntos de partida para la orientación investigativa sobre la temática desde la teoría social clásica.

Volver a los clásicos de la disciplina no implica dejarse llevar por la apología histórica o la mera pulsión crítica. La amplitud del pensamiento clásico provee de un marco suficiente para la realización de uno de los modos elementales de la disciplina, el contraste. De tal forma, en relación a la movilidad humana, encontramos reflexión valiosa interesada en la interacción, la individualidad, el tránsito, la radicación, la voluntad y la obligación.

La mutación de las perspectivas forma parte de este contraste y estas interacciones. Pensar la movilidad, en clave demográfica, permitió en su momento tener imágenes más claras sobre sociedades que se encontraban imbuidas en procesos de cambio y conformación. Un ejemplo de esto se encuentra en que la Alemania actual dista mucho del conjunto de cambios geográficos y políticos evidenciados por Weber. Para los tempranos prototipos de Estado-nación era importante relacionar la migración a la necesidad de desarrollo, cuestión no menor si se piensa en los cambios y las motivaciones que llevan no solo a un sujeto a moverse de un sitio a otro, sino también a un país a realizar políticas que promuevan la llegada de personas en condición de movilidad humana.

A este respecto se hace relevante el tránsito entre asimilación, integración y adaptación que lleva a la figura del forastero. Pensar en gran escala es importante de cara a la sociología clásica, sin embargo, abordar la experiencia, tal como lo esboza Schütz en su teoría, permite indagar en aspectos sociales que apuntan a una lectura basada en la acción y la interacción. Ambas esferas, acción e interacción, que no son para nada lineales o generales. Por el contrario, se presenta la posibilidad de entender a la persona en la encrucijada que representa la imagen del laberinto. Bien en el tránsito hacia un entendimiento total de la pauta cultural, bien atrapada en pasadizos y tramas de imposible comprensión. Sea como fuere, se presenta a la persona con alternativas, con posibilidades que son propias, justamente, del ámbito de la movilidad, el cual como hemos visto, desde sus tempranas interpretaciones surge en el medio de mutaciones, reinterpretaciones y relecturas teóricas.

La posición de Simmel expresa claramente su tono romántico al enfocarse directamente en el interés y la individualidad. Su teoría pone el acento en la interacción desestimando una fundamentación exclusivamente causal e impersonal. La movilidad

humana dista de una lectura cuantitativa centrándose en la vitalidad del ejecutante. Tampoco depende de las grandes distancias. La aventura simmeliana es un *modus vivendi*, la constitución de la experiencia surge como el norte atractivo. La voluntad y la fuerza priman sobre las circunstancias o, al menos, pretenden oponerse férreamente a ellas. Moverse es una salida geográfica que implica asimismo una importante forma de autoconocimiento. En este sentido, el mundo es el lienzo donde se proyecta y construye lo propio.

En cuanto a Marx y Engels, aunque su narrativa es atractivamente romántica, la movilidad humana es el resultado de circunstancias mucho más apremiantes las cuales empuñan rotundamente la voluntad y la fuerza individual. Los procesos productivos propios del capitalismo devienen en el *motor real* del acontecer social. En este sentido, la teoría revolucionaria se orienta a la fundamentación de la sociedad y a la exposición de las cualidades materiales de las formas asociativas predominantes. Desde esta posición, tanto la experiencia como la voluntad son completamente intrascendentes. Mientras la mar ocupa el interés de Simmel es la tierra la que define la movilidad humana en la dupla revolucionaria. La teoría es abiertamente bucólica, constituida por una serie de premisas recursivas. Por último, el interés de Marx y Engels por la cuestión irlandesa, contenido en libros y en artículos periodísticos, no presenta solamente la crónica de una injusticia, formula en términos concretos nociones teóricas que serán repetidas por muchos revolucionarios hasta el siglo presente, a saber, la relación entre el imperialismo y el subdesarrollo. Desde tal perspectiva, la atención al fenómeno constituye una elegante síntesis dialéctica entre la teoría y la *praxis*.

5. Bibliografía

- Domenech, E., y Gil, S. (2016). “La Sociología de las Migraciones: una breve historia”. *Espacio Abierto*, vol. 25, núm. 4, 169-181.
- González-Ruiz, M. (2001). “Migraciones y teoría social: algunas consideraciones”. *Filosofía, Política y Economía en el Laberinto*, núm. 7, 16-26.
- James, W (2000). *Pragmatismo*. Alianza Editorial.
- Marx, K. (1956). *El Capital. Vol 1*. Cartago.
- Marx, K. y Engels. F. (1970). *La Ideología alemana*. Ediciones Grijalbo.
- Marx, K. y Engels. F. (1979). *Imperio y colonia. Escritos sobre Irlanda*. Siglo XXI Editores.
- Pérez, M. (2010). “Nodos sociológicos para explicar la migración. Los procesos de acción, interacción y red social”. *Sociogénesis. Revista Electrónica de Sociología*, núm. 4, 1-35, <https://cdigital.uv.mx/handle/123456789/10065>
- Safranski, R. (2012). *Romanticismo. Una odisea del espíritu alemán*. Tusquets editores.
- Schutz, A. (2012). *Estudios sobre teoría social. Escritos II*. Amorrortu.
- Simmel, G. (1950). *The sociology of Georg Simmel*. The Free Press.
- Simmel, G. (2012). *Sobre la aventura. Ensayos filosóficos*. Ediciones Península.
- Solé, C., Alcalde, R., Pont, J., Lurbe, K., y Parella, S. (2002). “El concepto de integración desde la sociología de las migraciones”. *Migraciones. Publicación Del Instituto Universitario De Estudios Sobre Migraciones*, núm. 12, 9-41, <https://revistas.comillas.edu/index.php/revistamigraciones/article/view/7194>
- Weber, M. (2012). *Economía y sociedad*. Fondo de Cultura Económica.

* * *

Steven F. González Pedroza (<https://orcid.org/0000-0002-6940-7605>) es Magíster en Filosofía por la Universidad del Valle y Sociólogo por la Universidad Central de Venezuela. Ha trabajado en proyectos relacionados a la educación, el arte y cultura. Experiencia en ejecución, diseño metodológico y sistematización de procesos comunitarios de participación e integración dirigidos a población refugiada, migrante, desplazada y comunidad de acogida en sectores vulnerables del territorio colombiano. Actualmente desempeña la función de Asistente de Protección de Base Comunitaria en la Unidad de Terreno del ACNUR en Maicao.

Erly J. Ruiz (<https://orcid.org/0000-0001-9830-0615>) es Sociólogo y Mg. Sc. Filosofía de las Ciencias Humanas por la Universidad Central de Venezuela. Profesor Asistente en Departamento de Teoría Social, Escuela de Sociología, FaCES-UCV. Coordinador editorial (2021) de *Serendipia. Revista digital del Programa de Cooperación Interfacultades*, Universidad Central de Venezuela. Coordinador (2021) del grupo de trabajo Teoría Sociológica de la Asociación Venezolana de Sociología.